

# EL PASO DEL SOMBRÍO

Cuento de Fantasía Oscura

SHANI Ariadna Arostico Puga 2025

*Para quienes escuchan el susurro de los árboles.*

# Agradecimientos

Agradezco profundamente a todas las presencias, visibles e invisibles, que acompañaron el nacimiento de esta historia.

A quienes iluminan mis días con su apoyo constante, y a quienes inspiran mundos enteros con una sola palabra o mirada.

A las voces antiguas —reales o imaginadas— que susurraron ideas entre líneas y dieron forma a cada sombra del bosque.

A los guardianes de la creatividad, que mantienen encendida la chispa incluso en los momentos más oscuros.

Y sobre todo, a ti, lector o lectora, que decides abrir estas páginas: gracias por prestar tus ojos, tu tiempo y tu imaginación para que este bosque cobre vida una vez más. Gracias a las historias que nos preceden y a quienes dejan una luz en la penumbra.

# Sinopsis

En un bosque tan antiguo como los primeros relatos humanos, Lía —una niña que mira más allá de lo visible— encuentra a un conejito dorado herido. Al tocarlo, vislumbra imágenes de templos olvidados, figuras sombrías y pactos rotos. Una figura oscura reclama al guardián dorado y a la propia Lía. Empujada por un destino que no pidió, la niña deberá enfrentarse a verdades que duelen y a sombras que la conectan al bosque mucho antes de su nacimiento.

# Índice general

1	La niña y el bosque que observa	5
2	El encuentro con el pequeño herido	7
3	Una caricia que cambia destinos	9
4	La presencia que emerge del silencio	11
5	La figura sombría aparece	13
6	El roce que sella un pacto no dicho	15
7	La decisión que pesa como un destino	18
8	El sendero hacia lo desconocido	20
9	La guarida silenciosa	22
10	El guardián dorado	24
11	La decisión del amanecer	26
12	La fuga hacia la verdad	28

# Capítulo 1

## La niña y el bosque que observa

El bosque era antiguo, más viejo que cualquier historia que las madres del pueblo contaran a sus hijos. Decían que sus raíces tenían memoria, que los árboles podían recordar rostros y que sus sombras eran más largas en días donde los espíritus buscaban algo que habían perdido.

Lía caminaba entre los troncos como si fueran viejos conocidos. Era una niña de trece años, silenciosa, de ojos grandes que parecían absorber el mundo. Su abuela solía decir que Lía había nacido “mirando más allá de lo visible”, una expresión que la niña nunca entendió... hasta esa tarde.

El aire era espeso, más frío de lo normal. Las hojas no se movían pese a la brisa que siempre acompañaba la hora del ocaso. El silencio era tan profundo que incluso su respiración parecía un sonido prohibido.

Mientras avanzaba, sintió que el bosque se estrechaba a su alrededor. Los árboles parecían inclinarse, como si quisieran observarla mejor. El sendero que siempre recorría para recoger bayas parecía estirarse, alargarse, cambiar. Lía frunció el ceño.

—Es solo mi imaginación... —murmuró.

Pero incluso su voz sonó fuera de lugar, como un susurro impertinente en un templo.

El bosque la estaba mirando.

Y esperaba algo de ella.



Figura 1.1:

## Capítulo 2

### El encuentro con el pequeño herido

Lía llevaba una cesta de mimbre que había heredado de su madre. Estaba vieja, con algunas astillas sueltas, pero seguía siendo resistente. Mientras avanzaba buscando las bayas silvestres, el ambiente se volvió inquietantemente quieto. Ni un pájaro cantaba, ni un insecto zumbaba, ni una rama crujía.

Esa falta de vida la perturbó.

Un sonido suave, casi imperceptible, la hizo detenerse. Era como un pequeño gemido, un susurro de dolor. Lía miró a su alrededor, tratando de ubicarlo. El bosque parecía mudo... pero el lamento se repitió.

Agachándose, apartó unas hojas y allí lo encontró: un conejito dorado, de tamaño diminuto, con el pelaje más brillante que había visto y un ligero temblor recorriéndole el cuerpo.

Parecía tan frágil que podría romperse con un soplo.

Lía dejó caer la cesta y se inclinó hacia él.

—Hola, pequeñito... —susurró—. ¿Qué te pasó?

El animal abrió los ojos. Sus pupilas eran extrañamente profundas, como si guardaran un secreto demasiado grande para un cuerpo tan pequeño.

Lía sintió un tirón en el pecho.

Algo la llamaba.

Algo que no comprendía.



# Capítulo 3

## Una caricia que cambia destinos

Cuando la niña extendió su mano, el conejito no huyó. Todo lo contrario: se acercó, presionando su cabeza contra la palma de ella, como si la reconociera. Lía sintió un calor extraño, un pulso que no parecía el latido normal de un animal, sino algo más... una vibración antigua, casi humana, casi espiritual.

El temblor del conejo se detuvo apenas lo tocó.

—Tranquilo... —murmuró ella, sin notar cómo el bosque exhalaba alrededor, como si hubiera estado conteniendo la respiración.

El pelaje dorado brillaba con una luz tenue, casi imperceptible. Lía sintió que algo se deslizaba dentro de su pecho, como si una puerta invisible se hubiera entreabierto. Y por un instante, vio imágenes fugaces en su mente:

- Un templo derruido.
- Un círculo de luz dorada.
- Sombras que se deslizaban por túneles como serpientes vivas.
- Y una figura oscura esperando entre los árboles.

Lía apartó la mano con un sobresalto.

—¿Qué... qué fuiste tú? —preguntó, sin saber si se dirigía al conejo o a algo más.

El animal la miró con ojos demasiado conscientes.

Demasiado humanos.



Figura 3.1: Descripción de la imagen

# Capítulo 4

## La presencia que emerge del silencio

Lía tomó al conejo con cuidado, como si fuera un pequeño tesoro frágil. Su calor era casi reconfortante, pero algo en él hacía que su corazón latiera más rápido. No por miedo... sino por la sensación de que estaba involucrándose en algo que no comprendería del todo.

Mientras lo sostenía, notó que el bosque había cambiado. Las sombras eran más densas. Los troncos parecían torcidos. Y el aire... el aire se había vuelto frío de pronto, como cuando se abre una puerta a una habitación olvidada durante años.

Entonces lo escuchó.

Un susurro.

No de un animal. No del viento.

Un susurro humano... pero quebrado, como si viniera desde muy lejos o desde debajo de la tierra.

—Niña...

Lía se irguió súbitamente.

El conejo abrió los ojos y sus orejas se tensaron.

El bosque exhaló otra vez... pero esta vez, con un sonido más oscuro.



# Capítulo 5

## La figura sombría aparece

Entre los árboles, una sombra empezó a formarse. No caminaba. No crujía ramas. No respiraba. Simplemente apareció, como si siempre hubiera estado allí y el mundo recién la dejara verse.

Era una figura alta, cubierta por un manto negro que no dejaba ver piel, rostro ni cuerpo. No tenía forma definida, como si la oscuridad hubiera decidido tener una silueta humana solo para acercarse a ella.

Lía sintió un escalofrío recorrerle la espalda.

—Devuélvelo —susurró la figura. Su voz era tan tenue como un murmullo en un cementerio, pero lo suficientemente clara para erizarle la piel—. Él no te pertenece.

La niña apretó al conejo contra su pecho instintivamente.

—Está herido —contestó con valentía temblorosa—. Solo quiero ayudarlo.

La silueta inclinó la cabeza como si analizara cada palabra, cada gesto... cada latido.

—Eso dicen todos antes de caer.

Lía retrocedió un paso.

La figura avanzó dos.



# Capítulo 6

## El roce que sella un pacto no dicho

La figura avanzó como si flotara sobre el suelo. Ninguna hoja se movió bajo su presencia. Ninguna rama pareció notarla. Era una sombra que no pertenecía a ese bosque ni a ningún lugar que Lía conociera.

Extendió una mano envuelta en su manto oscuro. Era imposible ver si debajo había piel, hueso o vacío.

—Dámelo —repitió—. Antes de que sea tarde... para los dos.

Lía tragó saliva. El corazón del conejo latía contra su pecho como un tambor pequeño, frenético, desesperado. Ella lo sostuvo más fuerte. Sus dedos temblaban, pero no lo soltó.

—¿Quién eres? —preguntó.

La figura inclinó la cabeza una vez más. Ese gesto, tan humano y tan inhumano a la vez, la llenó de un pánico frío.

—Soy quien custodia lo que queda sin nombre —respondió la sombra—. Y ese ser que cargas... ya eligió un destino.

La mano permanecía extendida.

Lía no la tomó.

Pero durante un segundo —un segundo peligrosamente largo—, sintió que el aire entre su mano y la de la figura vibraba como si ambos compartieran un hilo invisible. Como si estuvieran unidos desde antes de encontrarse.

La voz de la figura, ahora más suave, casi compasiva, la atrapó:

—Si lo conservas, dejarás de ser quien crees que eres.

Lía no entendió.

Pero sabía que la advertencia no era una amenaza.

Era una verdad.

Y aun así... no soltó al conejo.



# Capítulo 7

## La decisión que pesa como un destino

Lía dio un paso atrás, como si su cuerpo supiera que debía alejarse antes de que su mente lo comprendiera. La figura oscura no avanzó esta vez; solo permaneció allí, inmóvil, observándola.

El conejo se agitó apenas. Su corazón estaba acelerado, pero no parecía asustado... sino expectante.

—No sé quién eres... —dijo Lía con voz temblorosa—. Pero no puedo darte a este pequeño. Está herido. Me necesita.

La sombra dejó de extender la mano.

Un silencio pesado cayó entre ambos.

—El bosque cambia para quienes lo desafían —susurró la figura—. Y lo que cargas cambiará contigo.

El viento pareció detenerse. Incluso el tiempo.

Lía sintió un temblor en las manos. No sabía si era miedo, frío o el poder extraño que emanaba del conejo.

La figura dio un último paso atrás, desvaneciéndose casi entre los árboles.

—Recuerda mis palabras —dijo—. Nada dado al bosque... regresa igual a casa.

Y luego se deshizo en la penumbra.

Como si nunca hubiera existido.



# Capítulo 8

## El sendero hacia lo desconocido

La sombra no desapareció del todo. Reapareció unos pasos más adelante, como una guía silenciosa. Sin decir una palabra, comenzó a caminar hacia un punto del bosque donde las sombras eran más densas, donde la luz no se atrevía a entrar.

Lía dudó. ¿Seguirla? ¿Huir? ¿Quedarse inmóvil?

El conejo la miró con esos ojos profundos, dorados y sabios, como si esperara que ella entendiera algo que todavía no podía ver.

Finalmente, Lía dio un paso. Despues, otro. No porque confiara en la figura, sino porque algo la empujaba hacia adelante. Una intuición. Una fuerza. Una sensación de que si no seguía, perdería algo importante... o se perdería ella misma.

La figura avanzaba sin apuro, sin ansiedad, como si supiera que Lía vendría detrás. Y después de un largo camino, apareció ante ellos una pequeña cabaña de madera, vieja y maltratada, oculta por arbustos y raíces.

—Aquí —susurró la figura—. Aquí comenzarás a comprender.

Y abrió la puerta sin tocarla. Las bisagras chirriaron como un gemido.

Lía respiró hondo. Y entró.



# Capítulo 9

## La guarida silenciosa

La cabaña estaba iluminada por una luz tenue que parecía provenir de ninguna parte. No había velas ni lámparas. Solo una claridad suave, casi dorada, como si el aire mismo la produjera.

Lía colocó al conejo sobre una mesa pequeña. El animal respiraba con calma ahora, como si finalmente estuviera en un lugar seguro.

La habitación era sencilla: una mesa, una silla, algunos frascos de hierbas secas, una ventana pequeña. Nada llamativo. Nada mágico a simple vista.

Pero algo se sentía... cargado. Una presencia dormida. Una memoria oculta. Un pasado esperando ser recordado.

Lía pasó sus dedos por el pelaje del conejo.

—¿Qué eres? —preguntó—. ¿Por qué te buscan... y por qué siento que...?

No terminó la frase. Porque la respuesta brilló sola.

Las orejas del conejo vibraron. Sus ojos dorados brillaron como brasas. Y por un instante, la sombra de la figura oscura pareció deslizarse por las paredes, aunque no hubiera nadie más dentro.

Fuera de la cabaña, el bosque susurró un nombre que Lía aún no sabía que le pertenecía.



# Capítulo 10

## El guardián dorado

Mientras lo observaba, el conejo movió la cabeza con una suavidad extraña, casi solemne. Su mirada cambió. Ya no parecía un animal herido y perdido... sino alguien que sabía más, mucho más, de lo que podía expresar.

Lía sintió que un hilo invisible unía su respiración con la del pequeño ser.

—¿Quién te envió? —susurró.

El conejo no habló con palabras. Pero una imagen nítida invadió la mente de Lía: Un antiguo círculo de piedra. Una luz dorada encerrada por sombras. Una niña —ella misma— siendo observada desde su nacimiento.

El corazón de Lía dio un salto.

—¿Me... conoces? —preguntó.

El conejo inclinó la cabeza, como si dijera que sí.

—¿Y la sombra...? ¿Ella quién es?

Otra imagen: Una figura oscura, arrodillada frente a un altar vacío. Una mano extendida. Un juramento roto.

Lía tembló.

El conejo no era una víctima. Era un mensajero. Un guardián. Y ella... ¿Era su protegida? O algo más.



# Capítulo 11

## La decisión del amanecer

Lía se acercó, acariciando despacio el lomo dorado del conejo. El pelaje parecía brillar con más intensidad cuanto más lo tocaba. La niña respiró profundamente.

En ese silencio, comprendió una verdad que no sabía que llevaba dentro: Ella siempre había sido diferente. Sus sueños nunca eran solo sueños. El bosque la observaba desde pequeña no por curiosidad... sino por reconocimiento.

El conejo apoyó su cabeza en su mano. Y por primera vez, Lía no sintió miedo. Sintió destino.

—Entonces... —murmuró—. Sea lo que sea lo que tenga que hacer... lo haré.

El conejo cerró los ojos, satisfecho. Como si hubiera esperado esas palabras durante mucho tiempo.

Detrás de ellos, la sombra de la figura —aunque no estuviera presente— pareció estremecerse en el aire. Como si algo importante acabara de decidirse.



# Capítulo 12

## La fuga hacia la verdad

De pronto, el conejo abrió los ojos de golpe. Sus orejas se alzaron y su cuerpo se tensó como una cuerda a punto de romperse.

Miró hacia la ventana.

Fuera, algo se movía entre los árboles. Una presencia más grande, más antigua... y hambrienta.

El conejo saltó de la mesa con una agilidad sorprendente y corrió hacia la ventana abierta. Lía se levantó de inmediato.

—¡Espera! —exclamó.

Pero el pequeño guardián dorado no esperó. Saltó por la ventana con una gracia casi luminosa, huyendo hacia el bosque, hacia el corazón del misterio que había traído a Lía hasta aquel día.

La niña se quedó de pie, paralizada por un segundo. Sabía que si cruzaba esa ventana, ya no habría vuelta atrás.

La sombra que había conocido no era su enemiga. Pero tampoco su aliada.

El verdadero enemigo... aún la esperaba.

Y el conejo corría directo hacia él.

Lía respiró hondo.

Y saltó detrás.

Porque su destino había comenzado.

